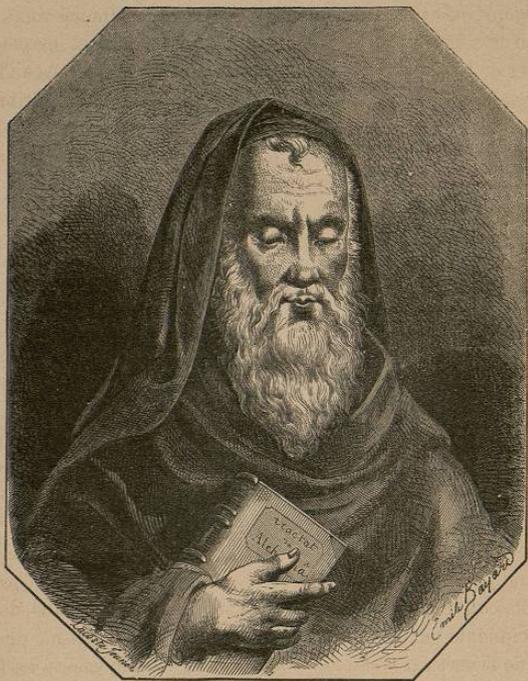


sabía defenderse con energía, hacía frente á todos los combatientes con notables ventajas, y rechazaba á sus adversarios con la fuerza de una lógica poderosa é irresistible, auxiliada por una metafísica suspicaz y profunda.

Preguntando ¿cuál era la naturaleza de las ideas? Los peripatéticos consecuentes, dicen; que las ideas no se distinguen en esencia del sujeto pensante,



Rogelio Bacón.

y las consideran como modalidades del *intelectu*. Empero Santo Tomás de Aquino sostiene, que las ideas son formas permanentes que residen en el entendimiento, distintas y separadas entre sí; identidades sustanciales que se hallan en un mundo imagen del mundo externo, esto es, el mundo intelectual.

Este realismo psíquico diferente, en verdad, del realismo ontológico de G. de Champeaux, dió origen á la crítica nominalista, y de aquí resultó un

nuevo debate. La discusión giró otra vez sobre los universales *a parte rei*, y Enrique de Gand y Rogelio Bacón, ambos franciscanos, pretendieron combatirle, haciendo cuantos esfuerzos les sugería su brillante imaginación, para eclipsar las glorias de Santo Tomás, sin que pudieran alcanzar su objeto. Empero, los consejos de San Buenaventura encaminados á mirar la ciencia con indiferencia y propicios á abandonar la escuela, hicieron también sus prosélitos, y llegaron hasta el punto de romper la unidad franciscana; efecto sin duda de un misticismo que estaba sostenido por Dionisio el *Areopagita* y varios monjes de San Víctor. Aquel sabio mallorquin, de genio fecundo y prodigioso, extraordinario y original, Raimundo Llull, decimos, contribuyó de un modo eficaz con su *Ars magna*, al descrédito de la escolástica.

De aquí resultaron algunas defecciones que pudo sujetar el valor y talento de Guillermo de Lamarre, sin embargo, los dominicos presentaron como antagonista á Egidio Colona, llamado el Doctor *fundamentarius*, que sostuvo con brillante erudición la bandera tomista. Estos debates terminaron sin que ninguno de los contendientes alcanzara la victoria.

Duns Scoto, — que no debe confundirse con Juan Scoto, monje irlandés que floreció en el siglo IX, conocido con el nombre de Erigenes ó Erigena, como antes hemos indicado, — Duns Scot, Scoto, ó Escoto, decimos, se lanzaba á la palestra á favor de los franciscanos, y por necesidad debía renovarse el combate con tan poderoso atleta. Siendo muy joven profesó en la orden de San Francisco, y muy joven también daba á conocer su gusto literario, su aptitud colosal y extraordinaria capacidad. Murió á los 34 años, y á pesar de una vida tan corta sus trabajos forman 25 volúmenes in folio, de los cuales 13 son de filosofía.

Alberto el *Grande* había buscado los fundamentos de las ciencias en la filosofía natural, Santo Tomás de Aquino creyó encontrarlos en la psicología y Duns Escoto con una arrogancia, que casi degeneraba en insulto, declaró, que todo conocimiento viene directamente de la lógica. El silogismo dijo, es la regla única de la certeza. La escuela tomista daba distinto valor á los fenómenos aislados, distinguiéndolos de los atributos generales, y fué combatida en todos sus principios y fundamentos.

Duns Escoto quiso encontrar esta distinción en la naturaleza del sujeto pensante, y no en la naturaleza íntima de las cosas. La tesis que sirvió de punto de partida al filósofo realista consiste únicamente en considerar á la materia separada de toda forma, y la forma de la materia; ó bien suponer, que la materia se halla separada de ciertas y determinadas formas, si bien conserva algunas. Á cada una de estas nociones, á cada uno de estos conceptos diferentes, corresponden, en sentir del filósofo, una naturaleza y una existencia.

Ciertamente que el camino emprendido por Duns Escoto era peligroso y estaba sembrado de abrojos. Es muy probable que el sabio franciscano tuviese á la vista las obras que tradujeron ó escribieron originales en latín Domingo Gundisalvo y Juan de Sevilla, llamado *Hispalense*, bajo el patrocinio de don Raimundo, arzobispo de Toledo. Á pesar de estos escollos, Duns fué una de las inteligencias más robustas y privilegiadas de su tiempo; sólo Espinoza pudo más tarde aventajarle. Los franciscanos olvidaron bien pronto á su antiguo maestro Alejandro de Hales, para seguir con el mayor entusiasmo la ruta que les señalaba Duns Escoto. Por estos tiempos hubo un Miguel Escoto que ejerció gran influencia en la córte de Federico II, que como sabemos acariciaba el materialismo.

Las discusiones y la controversia continuaban al través de los siglos, y las escuelas nominalista y realista estaban sostenidas con calor por los religiosos de las órdenes de Santo Domingo y San Francisco de Asís. Los contendientes se renovaban todos los días, y salían de la prensa para uso de los alumnos diferentes manuales tomistas y escotistas; sólo las revoluciones políticas aboliendo y dispersando aquellas comunidades y congregaciones religiosas, pudieron dar fin al combate.

Al mediar el siglo XIII apareció un hombre extraordinario, de gran talento, de imaginación fecunda y bulliciosa, el cual presentó durante su vida una serie de accidentes y peripecias, que han sido historiadas con exactitud por profesores contemporáneos. Tal fué el ya nombrado por su celebridad Raimundo Llull (Lulio). Considerado por muchos escritores del Renacimiento como uno de los alquimistas más influyentes del último período de la Edad media, llamado en los siglos posteriores el Doctor iluminado, los trabajos que hoy poseemos debidos á la constancia y laboriosidad de los señores Helfferich, Roselló, Weyler y Laviña, Canalejas, Luango y otros no menos ilustres investigadores como Menéndez Pelayo, han podido aclarar, que el sabio Mallorquín no se ocupó de la crisopeya, ni fué cabalista aun cuando diera á conocer un insignificante libro; y sí, un pensador profundo que llegó á fundar el *racionalismo* dentro de los santos dogmas de la Iglesia católica, insigne poeta y novelista, sagaz observador de los fenómenos de la naturaleza, y filósofo consumado cuyo sistema se ha conocido con el nombre de *lulismo*.

De suerte, que aquellos autores que creyeron que el ilustre Mallorquín debía ser consumido por la hoguera como mago, hechicero y cabalista, han recibido un solemne mentís, después de tan laboriosas investigaciones.

¿Pudo ejercer Raimundo Llull (Lulio), alguna influencia sobre las escuelas de su tiempo? Creemos que sí, y muy poderosa. Colocado frente á frente del averroísmo que tenía aprisionada á la Universidad de París, y con ella á todos

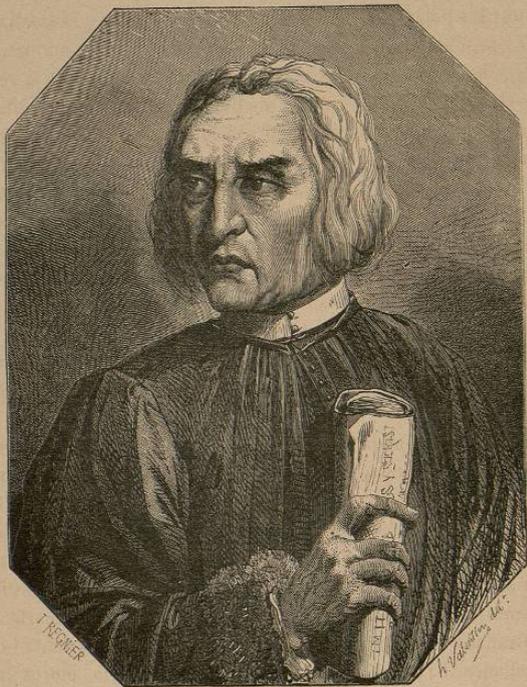
los centros de enseñanza, focos entonces de las contiendas escolásticas, siguiendo Lulio muchas veces, el camino trazado por la inspiración de Santo Tomás de Aquino; pero siempre dentro de la fe católica en todos sus misterios y fundamentos, su escuela alcanzó días de gloriosos triunfos. Entre sus enemigos y detractores, se puede recordar á Fr. Nicolás Aymerich, de la orden de Predicadores é inquisidor general en los reinos de Aragón. Á pesar de todo, la escuela de Raimundo Llull (Lulio) hizo grandes progresos, y en el siglo XV tenía valiosos sostenedores como Raimundo Sabunde, y en el pasado á Fornés, Pascual y Torreblanca. En Palma de Mallorca hubo cátedras lulianas que han alcanzado hasta nuestros días, desempeñadas por profesores de profundo y sólido saber. Raimundo Llull (Lulio) se halla inscrito en el catálogo de los bienaventurados que venera la Iglesia católica.

Empero es lo cierto, que por esta época, ya en el siglo XIV, la disciplina y el rigor de escuela habían roto la cadena que daba á conocer la historia de su consecuencia filosófica. El Doctor Pedro Oriol, que pertenecía á los franciscanos, siguió, no obstante, el nominalismo. Dialéctico de primer orden, supo conservar la independencia peculiar á la ciencia, á pesar de la animosidad, que convertía en precepto lo que debía ser producto del estudio y de la meditación. Entre los dominicos se presentó como independiente el Doctor Durand de Saint-Pourçain, que debe considerarse como el precursor de Guillermo de Ockam.

G. de Ockam discípulo y entusiasta de Duns Escoto, se hallaba en París antes del conflicto ocurrido entre el pontífice Bonifacio VIII y Felipe rey de Francia, llamado el *Hermoso*. Los franciscanos aceptaron la causa del monarca, y Ockam se permitió circular un manifiesto, en el que censuraba la autoridad del Papa. Otros escritos poco respetuosos contra Juan XXII le obligaron á emigrar, y estando bajo la protección del Duque de Baviera, fué condenado con los compañeros de emigración, al destierro por sus propios hermanos en el capítulo general de la orden (1331).

Las doctrinas de este filósofo prestaron á la ciencia eminentes servicios. Con el tono y convicción propias del genio, dijo: que para explicar la inteligencia y la sensación son necesarios dos términos; un sujeto que siente y un objeto sentido; un sujeto pensante y un objeto pensado. Y entrando de lleno en la cuestión de los universales *ante rem*, demostró de una manera convincente, que los realistas no habían conocido si no de un modo superficial la inteligencia humana, su manera de obrar y su modo de ser; por cuya razón se separaron del verdadero concepto respecto á la inteligencia divina. G. de Ockam fué un nominalista inteligente y atrevido, que supo reformar la física y la metafísica sobre la crítica de la razón pura.

Con Guillermo de Ockam puede decirse que la escolástica perdió su vitalidad, y poco á poco fué debilitándose para condensarse solamente en la monótona austeridad de los conventos. Al terminar el siglo XIV se oyó una protesta solemne á la razón humana, que daba á conocer su impotencia y enseñaba sus desaciertos y desvarios. El Canciller de la Universidad de París, Juan Charlier



Juan Charlier de Gersón.

de Gersón, profundamente condolido por la marcha que habían llevado los estudios filosóficos, exclamaba: «Pues pongamos un término á estas frívolas cuestiones y pidamos sólo á la razón la verdad que no tiene. Es á la fe á quien debemos seguir; y si algunos espíritus inquietos ú orgullosos se complacen aún con sus sutilezas filósóficas, deploramos sus extravíos y vamos con el corazón humilde á buscar lejos de la escuela, en el seno de la Iglesia la paz, la luz y la vida. Así es como se recomienda por la teología mística.»

Cualquiera que fuese el mérito y la autoridad del ilustre Canciller, estas amonestaciones no tuvieron ningún resultado, y la mayoría de la juventud estudiosa siguió oyendo los discursos de los filósofos más avanzados.

La escolástica llegó al fin á desacreditarse por completo, no obstante de continuar aún por mucho tiempo entre las órdenes religiosas y en varios centros de enseñanza; los pensadores fatigados de la lucha se mostraron apáticos ó indiferentes; los lógicos aumentaron las complicaciones y la inteligencia estaba todavía oprimida por el peso de la autoridad; y buscando una filosofía más comprensible y general, tropezó con los *libre pensadores*. Á la verdad que al terminar el último siglo de la Edad media adquiría el título de libre pensador todo aquel que se había señalado por su saña y antagonismo contra la Iglesia católica.

Tal fué la marcha que siguiera la escolástica durante los dos últimos períodos de la Edad media. Á pesar de aquellas contiendas y disputas los conocimientos humanos, en su conjunto, marcharon natural y progresivamente en todas las esferas, sin que la Religión católica sufriera otros ataques que los poco justificados de ciertas escuelas. Y cuando en el calor de la lucha y en los desvarios del combate alguno de los contendientes se separaba del buen camino para poner el dogma en peligro, pronto la Iglesia corría presurosa haciendo notar los errores, y aquellos ataques quedaban casi siempre desvanecidos.

En España la reconquista tuvo siempre absorbidos los ánimos; así el feudalismo se redujo á unos pocos hechos aislados y las cruzadas no tuvieron la importancia que en otros países. Los árabes primero y después los bereberes y hasta los moros que podemos llamar españoles, en medio de sus vicisitudes, defecciones, trastornos, asesinatos y continuas guerras civiles, vieron extinguir poco á poco el brillo de su civilización y de su importancia política. Aquel poderío y omnipotencia vinieron á sucumbir en su último baluarte, en la encantadora Granada, que conquistaron en prolongada y sangrienta lid los monarcas castellanos. La decadencia literaria y científica de los moros granadinos en su último período, estaba allí perfectamente representada; pues donde antes hubo academias y liceos, sólo se veían talleres para fabricar armas y pertrechos de guerra.

¡Ah! La historia de los sectarios del Korán en España, es el gran libro donde los modernos detractores del Catolicismo verán desvanecidos los pretendidos conflictos. Aquellas dos religiones tenían su cuna en el mundo semítico; y sin embargo, sus tendencias y aspiraciones fueron, y son aún, del todo opuestas. El árabe obra siempre impulsado por una recompensa material; la virtud á un fin moralizador no existe para él; todo cuanto hay de mundano le

es grato y placentero, sus pasiones son violentas y la falta de ilustración aumenta su crueldad é instintos sanguinarios. Vive muelle y sensualmente entre el deleite, recibiendo el néctar embriagador de una hermosa que se arrastra en el fango de la miseria y del envilecimiento... La doctrina del Profeta se materializa hasta alcanzar desdén y repugnancia, y las recompensas que el creyente hallará en el paraíso son denigrantes é inmorales. Por esto consideramos que el señor Draper al parangonar el *rezo y aspiraciones futuras del católico* con lo que llama *desinterés y piadosa resignación del islamita*, ha andado un poco desconcertado.

Dirijamos ahora nuestros estudios sintetizando, y veamos cual fué la marcha progresiva que, en general, siguió la ciencia durante este prolongado período y completaremos de este modo el superficial bosquejo que hemos diseñado sobre la Edad media.

Al terminar el siglo XV se cerraron por completo todas las puertas de esta importante época. Durante tan prolongado espacio de tiempo el imperio de Oriente se hizo trizas, como antes sucumbiera el de Occidente á las hordas del Norte, y los visigodos doblaron la cerviz á los árabes que se hicieron dueños de nuestra España con increíble prontitud.

Sí, es muy cierto. Los sectarios del Korán, casi todos bereberes, realizaron en poco tiempo una conquista, que los romanos y los godos no pudieron conseguir en dilatados años. Empero téngase en cuenta, que Witiza había desarmado á los pueblos para reducirlos á la impotencia, que la preponderancia de los judíos y su gran influencia en las decisiones del monarca visigodo acrecentaban los odios de raza, y las luchas particulares que tanta importancia daban á los partidos aumentaron la acción de los magnates con detrimento del trono. Elementos tan distintos todos de disolución y desprestigio, prepararon aquella conquista y ayudaron al éxito favorable, para que un puñado de musulmanes se apoderasen de España, que en otras circunstancias hubieran sido vencidos sin grandes esfuerzos. Es más, no habrían pasado el Estrecho.

La civilización se concentró en los monasterios; pero volvió á la vida por un efecto providencial y se desarrolló con pasmosa actividad en la escolástica y en la escuela cordobesa. El feudalismo comenzó á desquiciarse para perderse entre las brumas de otra civilización; las cruzadas imprimieron á las artes un nuevo sello y tremoló el estandarte de la fe católica en la cúpulas de Jerusalem; la clase media se entronizó como poder político, se inauguró el derecho aboliendo la esclavitud y se instalaron otra vez los municipios ó concejos como entidad gubernativa. Se inventó la pólvora, se descubrió la imprenta y se aplicó la brújula á la navegación. El arte de la guerra sufrió grandes modificaciones, se sistematizó, empezándose á plantear los ejércitos permanentes y se funda-

ron las órdenes militares. Las herejías de los albigenses, cátaros ó patarinos y de los valdenses, pobres de Leon é insabattos, maniqueístas los primeros y comunistas y laicistas los segundos que tanto comprometieron al monarca aragonés, habían tomado un carácter político y les costó la vida; la fracción de los discípulos de Juan Wicleff y las arengas imprudentes de Savonarola alarmaron á la Iglesia de Occidente y dieron lugar á los concilios de Constanza, Basilea, Florencia y Ferrara. Un estado bárbaro é incivilizado se engrandece con la toma de Constantinopla por Mohammed II, y funda un nuevo imperio; al paso que la magnánima Isabel y el astuto Fernando lanzan de la Península las hordas sarracenas, que condensadas en el reino Granadino formaban otro estado político y poderoso. Vasco de Gama dobla el Cabo de las Tormentas ó de Non, que toma el nombre de *Buena Esperanza*; Cristóbal Colón pone á los piés de la heredera de Castilla un nuevo hemisferio y Sebastian El Cano y luego Drake dan la vuelta al mundo. Hé aquí diseñado á grandes rasgos el cuadro de cuanto había constituido la Edad media, al establecerse la unidad en España y comenzar el siglo XVI. En la historia de la humanidad se la ha llamado alguna vez *Edad de hierro*, y en ella solamente se ha visto ignorancia, superstición y barbarie. Para nuestro criterio se desarrolló de nuevo el sentimiento filosófico, se afirmó el religioso y la ciencia experimental comenzó á adquirir carta de naturaleza iluminada por la antorcha del Catolicismo. La Edad media, que pudiera llamarse Católica, ofrece en todos los ramos y esferas de la inteligencia, del valor y de la santidad, hombres ilustres y eminentes que dieron á Europa un aspecto placentero, que debió ser el presagio de un lisonjero porvenir.

En el Oriente la ciencia árabe había nacido del trato con los cristianos, sirios y caldeos. Arún-al-Raschid abandonaba la triste misión de caudillo para convertirse en protector de la ciencia. El hijo de este nuevo Carlo-Magno llamado Al-Mamún fundó la academia de Bagdad. Uno de los primeros traductores de los libros de Aristóteles fué el médico nestoriano Honeinben-Is'hab. Aquí comienza la civilización de los árabes orientales. Afianzado el país de Occidente por el primero de los Omeyyas, se erigieron escuelas, academias y bibliotecas en Córdoba, Toledo, Sevilla y después en Murcia; en Granada también se establecieron desde sus primeros señores. En el siglo XII tenían los musulmanes españoles setenta bibliotecas. ¿Qué queda hoy de aquella ciencia musulmánica en Bagdad y en Damasco? ¿Qué queda en el Cairo y Alejandría?

«Se encarecen mucho las bibliotecas musulmanas, dice el señor César Cantú; pero quizá las relaciones que de ellas se han hecho adolezcan de la acostumbrada exageración oriental. Las que existen en el día son bastante pobres y reducidas.»

La filosofía árabe bebió en la cuna las aguas del judaísmo, y las del Cristianismo en su desarrollo; pero las costumbres é instituciones de un pueblo que le han hecho comprender que la ciencia y la sabiduría están contenidas en el Korán, lo arrastraron por la pendiente del abismo. Para que llegaran á realizar algunos progresos y adelantos, se traspasaron los límites y preceptos dogmáticos de su secta. Comentadores siempre y sólo algunas veces, muy pocas, originales, fueron indudablemente los maestros de la Europa durante una buena parte de la Edad media. Auxiliados de los rabinos sphardim, interpretaron á su antojo algunos de los libros de Aristóteles, que no pudieron traducir directamente porque no conocieron el griego, é impulsaron en los siglos posteriores la mayor parte de los conocimientos humanos, especialmente los de inmediata aplicación. Propagadores constantes del germen anticatólico, levantaron la incredulidad y la duda filosófica, y, tal vez, la duda sistemática de ciertas escuelas modernas, que aun no han abandonado su triste misión. La predestinación y el fatalismo los alejó de la sublimidad de Platón. Hay entre ellos sofistas como Al-Kendí, escépticos ó racionalistas como Thopail, místicos embozados representados por Al-Gazél y eclécticos y panteístas como Avicena y Averroés. Y si en algunos escritores islámicos encontramos ideas y conceptos que parecen nacidos en nuestros tiempos, como hace notar el señor Draper, téngase en cuenta, que los griegos fueron sus maestros, y de ellos habían hablado los epicureos y en particular su discípulo el latino Lucrecio en el magnífico poema, que tantas bellezas literarias contiene y tantas exageraciones científicas admite.

Los árabes desde el siglo IX hasta la expulsión, ostentaron escritores eruditos que narraron con pesada minuciosidad los hechos y acontecimientos históricos. Alguno como Ibn-Alentha, Hoseín-ben-Assim, Ibn-Hazm, Ibn-Hayyán y Casim-ben-Asbag fueron bastante verídicos en sus detalles; Fausto Avieno sobresalió en sus cantos; otros en sus mejores tiempos hicieron alarde de una fecundidad prodigiosa, como Abdo-Melik-ben-Habid-Ac-Çalemí hijo de Huetor Tajar, próximo á Granada, que aseguran escribió mil cincuenta libros; Mo-hammad-Al-Razí médico persa que dió á conocer ciento seis; Avicena, del cual aún se citan los títulos de cuarenta y siete; Kacub-Al-Kindi, Abulcassis, Ibn-Al-Khatib, Ibn-Chozy, Ibn-Batutah y otros muchos que sería difuso enumerar (1).

(1) No ignoramos los adelantos de los árabes y de los moros españoles en sus buenos tiempos. Lamentamos las exageraciones de algunos arabistas contemporáneos. Respecto al reino de Granada podemos decir, que el rey Yusuf I que reinó de 1333 á 1354 de nuestra era, fundó según parece, la Universidad de esta ciudad, y mandó construir un suntuoso edificio dotándolo con rentas suficientes,

A pesar de los importantes trabajos que nos han legado los sectarios del Islam, en todos ellos se vislumbran las escuelas griegas, por desgracia, siempre adulteradas.

Empero, al comenzar el movimiento progresivo de la inteligencia, se vió aquella inspiración católica, que emprendió con santo entusiasmo la colosal empresa de las Cruzadas. Las Cruzadas daban al mundo un espectáculo grandioso y sublime, donde la cristiandad levantándose como un solo hombre á la mágica voz de un ermitaño, que secundaba, tal vez sin advertirlo, un gran pensamiento del Pontífice santificado por el concilio de Clermont y sobre todo por el de Plasencia, reunió á pueblos diferentes, á los que la Iglesia católica confió el sagrado estandarte de la fe de Jesucristo. El Occidente asombrado despertó, al fin, de su prolongado letargo para precipitarse sobre el Asia; el sentimiento piadoso guiado y sostenido por la oración, impulsó á las masas, y todos, sin distinciones de clases ni jerarquías, corrieron á la conquista de aquellas tierras regadas con la sangre del Redentor... La bandera de la Cruz al fin ondeó triunfante en las cúpulas de Jerusalem, y el cetro que empuñara Godofredo de Buillón, se debilitó desgraciadamente entre sus sucesores, quienes no supieron ó no quisieron imitar la abnegación y profunda fe de su caudillo. Guido de Lusignan sucumbió al poder y arrojo de Saladino que no supo contener.

Las Cruzadas han sido siempre un acontecimiento histórico, que ha dado pábulo á cierta crítica mordaz y apasionada de parte de los enemigos del Catolicismo. Estas múltiples expediciones hijas del entusiasmo religioso de aquellos siglos, guiadas por valientes caudillos y sostenidas por la mágica inspiración de virtuosos pontífices y fervientes preladados, mantuvieron á raya y llegaron á dominar la audacia y la temeridad de los mahometanos. Las disensiones y locas

el cual debió ser el situado donde estaba la antigua casa del Ayuntamiento, frente la Real Capilla (Casiri, Bibl. Arab. Hisp. Eскур. II, 304). Hoy fábrica de tejidos de hilo.

Había además en Granada una ó más Academias de ciencias y letras. Sabemos que en 1175 cierto Mohammed ben Abdelhace compiló y dedicó á la Academia de Granada una Anthología poética del ilustre poeta valenciano Aburrabi (Ibid. I, 135), que se conserva manuscrita en la Real Biblioteca del Escorial.

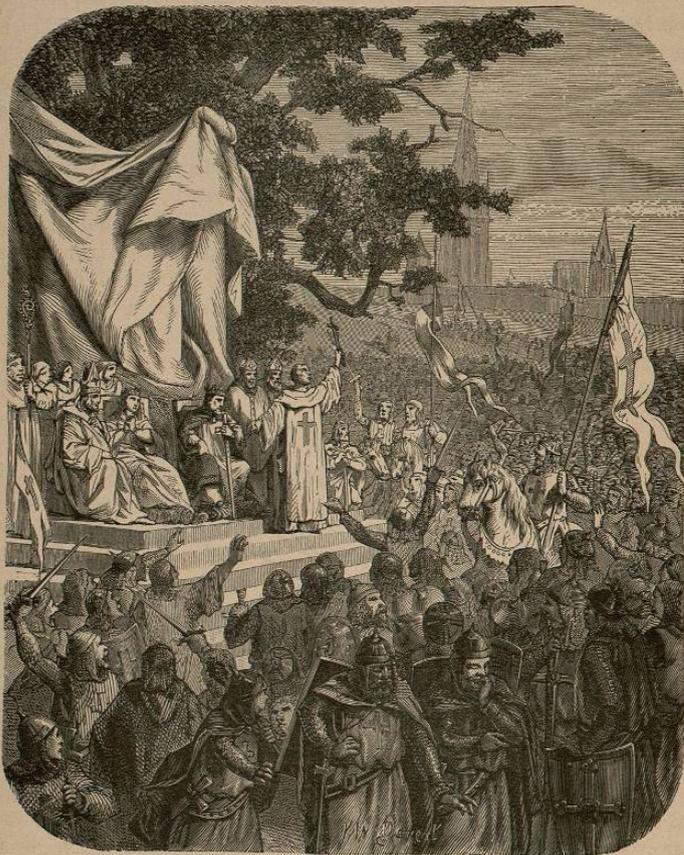
En la segunda mitad del siglo XIII se fundó en Granada una Academia alcoránica, ó sea de teología y derecho musulmán, por el distinguido jurista Ibn Arrabi (Ibid. II, 201).

En la segunda mitad del siglo XIV existieron en Granada y Málaga, Academias científicas que dieron su aprobación á cierta obra dogmática canónica, que se conserva manuscrita en la Real Biblioteca del Escorial (Ib. I, 517).

Además el número extraordinario de sabios y talentos sobresalientes que produjo el reino granadino en este período, indica desde luégo que existían muchos Institutos científicos y literarios, á causa de haberse concentrado en ella la literatura arábica después de la conquista de Córdoba por San Fernando.

enemistades de los príncipes católicos comprometían con harta frecuencia los productos y ventajas del valor, de la pericia, del arrojo y sobre todo de la fe.

Expediciones eran aquellas, emprendidas en épocas diferentes y con ele-



Entusiasmo general por las Cruzadas.

mentos diversos, para conquistar y conservar los Santos Lugares, realizadas bajo los auspicios de la Santa Sede, y cuyos numerosos individuos sin atender á su procedencia, se distinguían únicamente por una Cruz roja: distintivo del

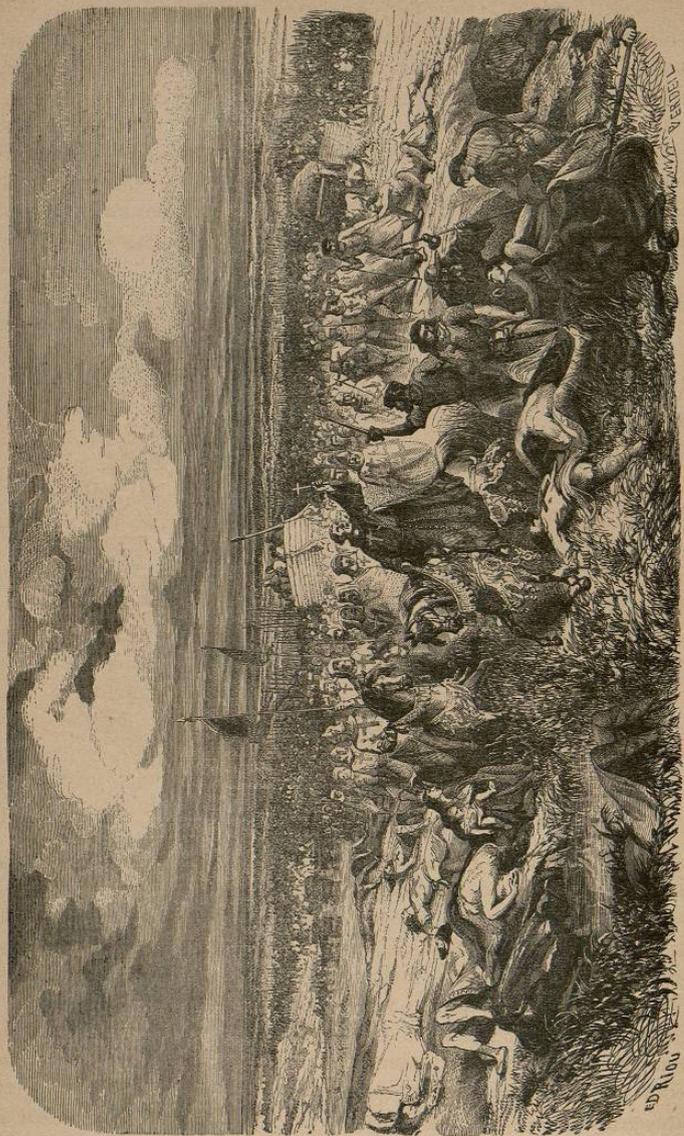
cristiano, que igualó todas las posiciones sociales, dando un gran paso en el progreso y civilización de aquella sociedad, que fué la base de los adelantos de los siglos posteriores.

La santa ciudad de Jerusalem había sufrido toda suerte de calamidades, cuando Constantino celebraba el año trigésimo primero de su reinado, inaugurando el templo que tenía en su recinto el Santo Sepulcro del Redentor (335). La fe de los cristianos se multiplicaba todos los días, y las peregrinaciones alentaban las esperanzas de conseguir la salvación, aun de aquellos que habían sido grandes pecadores. El celo de Santa Elena mandó erigir muchos templos, tuvo la dicha de hallar el sagrado leño que depositó en la gran basílica, y con ello aumentó el entusiasmo de los peregrinos, que en tropel acudían á la tierra regada con la preciosa sangre de Jesucristo. ¿De qué sirvieron las vandálicas invasiones de Cosroés II, si tenían que ser castigadas por Heraclio el joven? ¿Ni cómo proteger después aquellas peregrinaciones cristianas, que en esta época casi concluyeron con la de San Antonino, del poder de los sectarios de Mahoma que dirigieron desde luego sus destructoras conquistas á la ciudad de David y Salomón? Omar se posesionó de los Santos Lugares, y mandó construir una mezquita junto al Sepulcro de Cristo, los peregrinos no cesaron de cumplir sus promesas, y los califas perseguían y castigaban con más ó menos crueldad á los hijos de Jesús. La suerte de los cristianos siempre precaria, sufría algunas veces terribles sacudidas, hasta que Al-Raschid queriendo imitar á Carlo-Magno y buscando su amistad, le entregó las llaves del Santo Sepulcro de Jerusalem.

Al-Mamoud siguió la conducta de su padre, se fundaron hospicios y hospederías, aumentaron los peregrinos y un viaje á los Santos Lugares servía para perdonar los mayores crímenes de grandes y pequeños potentados. Las discordias entre los musulmanes quebrantaban su unidad, de aquí tomaron nacimiento nuevos emires, que entregados á la molicie y á la lascivia se convertían en tiranos y perseguidores de los cristianos. Si Zimisces después de haber salvado á Jerusalem del poder de los árabes no muriera envenenado, la ciudad santa no habría sucumbido al alfanje de los fatimíes.

Hakem fué un fanático demente, y la sangre cristiana corrió con abundancia en la Siria, el Egipto y la Palestina. Las predicaciones de Silvestre II (Gelberto) conmovieron á los pisanos y genoveses que guiados por Bosón, rey de Arlés, emprendieron una expedición por las costas de Siria, que sólo sirvió para aumentar las persecuciones. Esto, no obstante, no entibió la fe de los peregrinos, que á la vez estaba sostenida por la abrumadora creencia que presagiaba la fin del mundo.

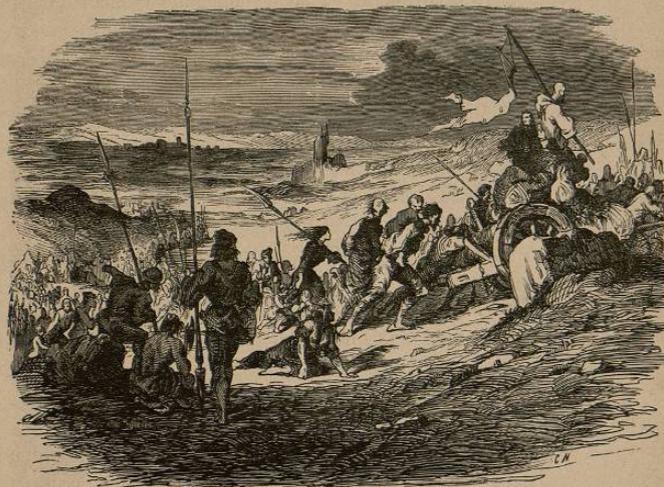
Daher fué más humano, y á no haber sido por las victorias y conquistas de



Pedro el Ermitaño guiando a los primeros cruzados.

los turcos, la Palestina habría continuado recibiendo las muchísimas visitas de grandes y poderosos príncipes y señores que corrían en santa peregrinación para perdón de sus culpas y pecados, y hasta para morir en el mismo sitio donde fué sacrificado el Redentor.

Los nuevos conquistadores fueron más crueles que los califas, y los peregrinos morían de hambre y sed por no poder pagar la moneda de oro que exigían para entrar en la ciudad. Los días más señalados por los cristianos, eran los en que se sacrificaban mayor número de infelices romeros.



Partida de los primeros cruzados.

La decadencia de los griegos era bien conocida de todos y el Cristianismo sólo conservaba fórmulas pueriles y baladíes, cuando la doctrina del Evangelio enardecía los espíritus de los pueblos de Occidente. El emperador Miguel Duca, imploraba del Pontífice inmediatos auxilios, pues veía amenazados sus Estados por los turcos. Estas súplicas fueron atendidas por el gran Gregorio VII que á la sazón ocupaba la Silla de San Pedro.

Pedro el *Ermitaño* con el fervor del apóstol y el valor de un mártir salió de su retiro para recorrer la Palestina. Lleno de celo por la fe de Jesucristo predicó la santa cruzada; y junto con Simeón, lloraron las calamidades y las aflicciones de la ciudad santa. Inspirado por una visión celeste, retrocede á

Europa, donde Urbano II toma bajo su amparo tan comprometida conquista, y encarga á Pedro que anuncie á los cristianos la próxima libertad de Jerusalem.

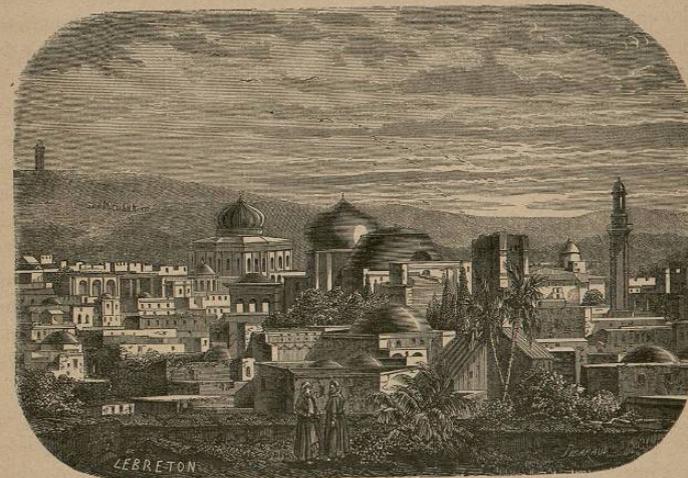
Solemnes, elocuentes é inspiradas fueron las palabras de aquel ermitaño, que arrastraba á la multitud obediente á sus mandatos y sus profecías. El Pontífice convocó el concilio de Plasencia, donde los embajadores de Alejo Comneno solicitaban que los príncipes latinos salvaran á Constantinopla y á Jerusalem. Nada, sin embargo se decidió en esta asamblea; fué preciso convocar la de Clermont, en la cual, después de varias sesiones para atender á las necesidades de la Iglesia, habló Pedro el *Ermitaño* con gran vehemencia y lleno de fe, el cual se vió secundado por el papa Urbano con elocuente lenguaje y á la voz de ¡Dios lo quiere! que se repetía por el pueblo entusiasmado. Los príncipes, el clero superior, los nobles de todas categorías, el pueblo todo, empuñaron las armas para marchar á la Tierra Santa: el día de la Asunción de 1096 fué el señalado para la partida, en medio de un entusiasmo y efervescencia general.

Esta *primera cruzada* pues, había sido predicada con gran fervor religioso por Pedro el *Ermitaño* y por el mismo pontífice Urbano II. Marchaban á su frente guerreros valientes y experimentados, como Godofredo de Buillón, Eustaquio y Boduino su hermano; Hugo de Vermandois, Roberto II, duque de Normandía; Esteban, conde de Blois y de Chartres; Boemundo, duque de Tarento; Tancredo su sobrino, Raimundo de Tolosa y otros mil cuyos nombres recuerda la historia con entusiasmo y profunda veneración: bien puede decirse que todo cuanto de valiente, noble y emprendedor había en la cristiandad, estaba en aquella primera cruzada. Diez y nueve nacionalidades confundían sus usos, costumbres é idiomas para correr á la conquista de la Tierra Santa. Allí no había más que cruzados.

Los más fervientes cristianos se habían anticipado marchando sin orden ni disciplina, guiados por Pedro y por Gualtero; pero desgraciadamente sufrieron las consecuencias de su impremeditación. Los ejércitos, acompañados de multitud de peregrinos con sus correspondientes jefes y capitanes marcharon bajo un pensamiento antes meditado, y al fin de continuadas etapas y de los encuentros y eventualidades de tan colosal empresa, la toma de Nicea después de una resistencia tenaz y porfiada de parte de los turcos que se defendieron con valor heroico, fué el premio de tanta abnegación y sufrimientos. La arrogancia de la media luna se vió humillada y los defensores del Korán completamente deshechos y derrotados. La ocupación de Nicea dió á conocer á Kildj-Arslán que los soldados de la Cruz eran valientes, y sus caudillos, guerreros experimentados. La conquista de Nicea era el preludio de otras victorias.

Pocos días de descanso habían bastado para rehacer las fuerzas de aquellos paladines de la cristiandad y tomando el camino de Siria y Palestina (Judea);

el 1.º de Julio (1097) se hallaban en la llanura de Dorylée. El Sultán lleno de despecho había reunido una hueste fuerte de trescientos mil combatientes, y trataba de vengar la pérdida de su querida ciudad. La batalla comienza siendo favorable á los musulmanes; empero avisado Godofredo, acude presuroso y cambia por completo el aspecto del combate. Reanimados los cristianos toman la ofensiva y los turcos son vencidos por todas partes, á pesar de su nueva táctica y de sus singulares esfuerzos. Kildj-Arslán abandona el campo y mientras huye á todo escape, dice á los árabes que le seguían de cerca: «Vosotros no conocéis á los francos, vosotros no habéis experimentado su valor; esta fuerza no es humana sino celeste ó diabólica.»



Vista de Jerusalem.

Los dos ejércitos de los cruzados conocieron cuan imprudente había sido su separación y convinieron marchar siempre reunidos. Llenos de valor y denuedo se dirigieron hacia Antioquía sin que les arredrase lo escabroso del terreno, la falta de aguas y algunas veces la escasez de los alimentos. Algunos caudillos mal avenidos tuvieron disgustos personales que ejercieron sobre los soldados fatales resultados; y el mismo Boduino se dirigió sobre Edesa, donde le recibieron como su libertador. Una conducta egoísta y cautelosa lo condujo á sujetar á su amir, que le nombró hijo adoptivo. Ejerciendo un dominio soberano, compró á Samosate y extendió sus conquistas por la Mesopotamia. Boduino ya no se acordaba del objeto principal de la cruzada, había

olvidado que el Santo Sepulcro estaba aún en poder de los sarracenos y todos sus esfuerzos se dirigían á defender sus ricos Estados compuestos de las más florecientes provincias del antiguo reino de los asirios.

No puede dudarse que su nuevo reino era el producto de la injusticia, de la audacia y de la violencia; pero por su situación y por la forma que el caudillo le diera, contuvo el valor y la arrogancia de los turcos y de los sarracenos. Durante la segunda cruzada sirvió de refugio seguro á los francos, que habían recorrido las orillas del Eufrates.

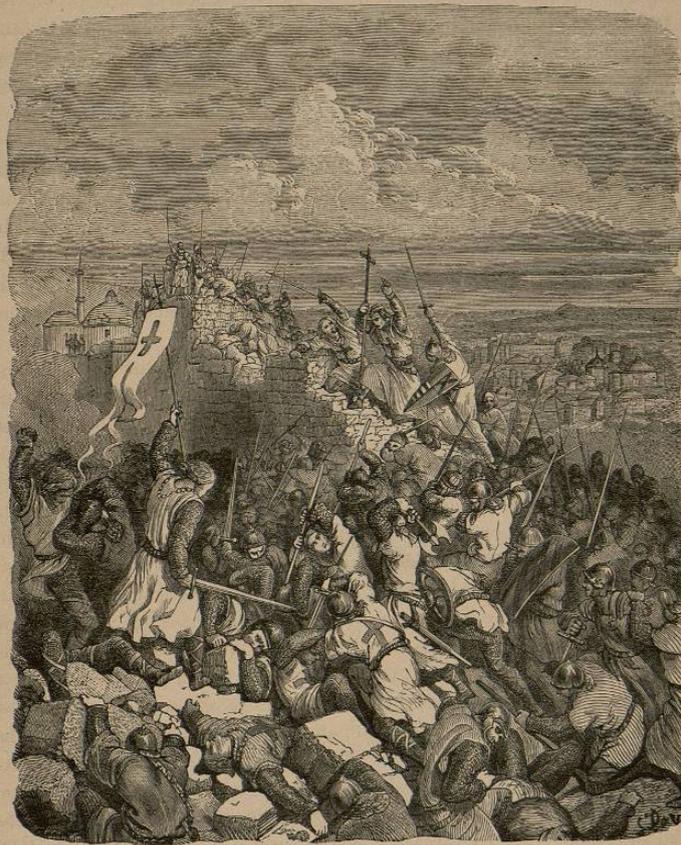
La Cilicia se hallaba también en poder de los cruzados.

El sitio de Antioquía mandado por Godofredo fué terrible y prolongado; sitiados y sitiadores experimentaban toda suerte de privaciones y calamidades; el hambre, la peste, las ruinas, todas las penalidades conocidas se acumulaban entre aquellos esforzados y valientes soldados; sólo el heroísmo invencible de Godofredo pudo dominar tantos desastres, destruir el ejército combinado de los amires y posesionarse de la deseada ciudad: eran los primeros días del mes de junio de 1098.

Poco tenía que durar la alegría del ejército de los cruzados: los príncipes de Alepo y de Damas, el gobernador de Jerusalem y veinte y ocho amires de Persia, Palestina y Siria reunen sus huestes y el ejército coligado marcha animoso para recuperar la ciudad. La lucha es terrible y comprometida, los cruzados se ven en graves apuros; se hacen invocaciones y plegarias y se descubre la lanza que hirió al Salvador. Allí se oye la augusta y sagrada voz de los santos sacerdotes, allí se reciben las inspiraciones de alguno que después de largas y penosas jornadas consigue incorporarse con el ejército; allí, en fin, resuena entre los soldados la mágica voz de ¡milagro!... y el jefe de los musulmanes, el terrible Kerbogá se ve humillado primero por las exigencias de aquellos que parecían vencidos y derrotados, y después destruido y aniquilado con todo su formidable ejército. Y fué tal la impresión que causó á muchos sarracenos la defensa de Antioquía y la derrota de las tropas musulmanas, que muchísimos abandonaron su secta para abrazar la Religión del Crucificado. La toma de Jerusalem, después de un sitio sostenido y de alguna otra batalla como la de Ascalón era ya inevitable; el ejército de la Cruz obtuvo el premio justísimo de tanto valor y sufrimiento, la gloria inmarcesible de su fe católica inquebrantable y la recompensa de su religiosidad nunca desmentida (1099 á 1100), llegaron á su mayor altura y Jerusalem se entregó á los cruzados. Los ejércitos del Catolicismo embriagados de alegría por sus portentosos triunfos, vieron llenos de admiración la enseña del Salvador ondear en las cúpulas de la nueva Sión; el Santo Sepulcro de Cristo fué rescatado, y aquella tierra regada con su preciosa sangre cayó bajo el poder de sus hijos. El gran pensa-

miento de Urbano II y los concilios de Clermont y de Placencia quedaba realizado.

Los cruzados formaron en Jerusalem un reino cristiano á cuyo frente se



Toma de Jerusalem por los cruzados.

colocó uno de sus jefes más caracterizados. Godofredo de Buillón, el que más había sobresalido entre ellos, se vió coronado en medio del beneplácito general, y en muchas ciudades inmediatas se fundaron principados y señoríos para premiar á los caudillos y capitanes.

¡Ah! La historia de la primera cruzada,— que nosotros apenas hemos hecho más que apuntar muy á la ligera, — es grande y sublime. ¿Representa acaso un pensamiento político? Tal vez. Entre la Iglesia y el Estado se había levantado una barrera formidable, que sólo podía desaparecer usando de excesiva prudencia, de sostenida calma y utilizando con tino y sagacidad las circunstancias que los acontecimientos político-religiosos pudieran ofrecer. El gran pensamiento de una cruzada vino á llenar este inmenso vacío, y el Pontífice tuvo el tacto y la discreción de conocer el estado especial en que se encontraba la cristiandad, la crisis comprometida que tiempo hacía estaba atravesando, y con su poderosa influencia y prestigio supo alentar una guerra en remotos países. Separó de su suelo, la cizaña que tantos males causaba al imperio y al Catolicismo, poniendo á la cristiandad al abrigo de un golpe airado de parte de los sarracenos.

No fué, por cierto, una multitud fanática, supersticiosa é indisciplinada, como gratuitamente se ha supuesto, que corría en busca de una ilusión engañadora. Fué el mundo católico en masa, que guiado por la Fe quiso oponer un fuerte dique al valeroso musulman que tenía resuelto invadir á los pueblos que profesan la Religión del Crucificado. Fueron, por último, las naciones hermanadas y unidas por el sentimiento religioso católico, que marcharon juntas á un fin moral y civilizador, del cual la humanidad ha reportado inmensas ventajas y beneficios.

La situación de Godofredo de Buillón después de la toma de Jerusalem, era en extremo comprometida. Verdad que bajo su cetro debía hallarse el antiguo reino de los israelitas desde las montañas del Líbano al Mediterráneo, pero es lo cierto que estaba reducido á la capital y á unas veinte poblaciones inmediatas. Allí se reunieron las gentes desocupadas de todos los pueblos europeos con sus exigencias y sus peticiones; allí pululaban los aventureros, los criminales y los grandes pecadores; allí conservaban sus viviendas y moraban juntos árabes, turcos, egipcios y cristianos; allí, en fin, la holganza, el abandono y el vicio estaban en íntimo consorcio para presentarse como otros tantos obstáculos al establecimiento del nuevo poder cristiano. Baste decir que el estandarte del profeta ondeaba sin inconveniente junto al símbolo de la Redención. El cultivo de los campos y el ejercicio de los oficios más necesarios para la vida se habían abandonado, hasta el punto que tuvieran que dictarse severas órdenes interesando el amor á la propiedad. Un año de cultivo ó de abandono absoluto en una hacienda, daba ó quitaba el sagrado derecho de propiedad.

Godofredo procuró con sus expediciones sujetar á los sarracenos, y Tancredo penetró por Galilea, donde se apoderó de muchas poblaciones regadas con las aguas del Jordán.

El Monarca era respetado de todos, y muchos amires admiraban en él su modestia y resignación; es probable que las colosales fuerzas de que estaba dotado, contribuyeran á la obediencia que le manifestaban. Así es, que en general, daban muestras de estar sumisos, y en apariencia eran tan exageradas sus demostraciones, que casi se les podía calificar de aduladores que sólo aguardaban mejores tiempos para levantar el estandarte de los rebeldes.

El rey había llamado á Jerusalem á sus caudillos y capitanes, y el mismo Boduino (ó Balduino), conde de Edesa y Boemundo, príncipe de Antioquia, se presentaron á pesar de creerse independientes. Los caudillos compañeros de las glorias y reveses de Godofredo teniendo iguales miras é idénticas ambiciones que los que tuvieron los generales de Alejandro el Grande, miraban con repugnancia la obediencia, sin tener en cuenta que habían cambiado los tiempos y las circunstancias.

En el palacio llamado de Salomón se reunieron los sabios y hombres piadosos más distinguidos, para formar un código apropiado á aquellas circunstancias y propio para los Santos Lugares, y los francos prestaron los principales elementos de su jurisprudencia; Godofredo ansiaba proteger los derechos particulares y generales de las nuevas colonias, y sus levantadas aspiraciones se vieron colmadas con usura. El Asia y la misma Europa admiró las nuevas leyes dictadas por los cruzados, las cuales marcaron un paso decisivo en la marcha de la civilización. Este cuerpo de doctrina jurídica mereció los plácemes de los inteligentes y se le llamó *Cartas del Santo Sepulcro* ó *Juntas de Jerusalem* (actas ó acuerdos de las) que fueron depositadas en la Iglesia de la Resurrección, con gran pompa y solemnidad.

Y para comprender que la situación de Godofredo al empuñar el cetro de Jerusalem era asaz comprometida, bastará recordar la pobreza y carencia de lo más preciso para la vida, lo cual unido á las inmensas ruinas de la ciudad, aumentaron los conflictos de los cruzados. El Monarca hizo diferentes expediciones, que afortunadamente dieron buenos resultados. Los amires continuaron en su conducta capciosa é hipócrita, si bien en la apariencia se presentaban con sumisión y respeto. Se estableció el Patriarcado, siendo el primer patriarca el señor de Daimbert con olvido por sus desarreglos de Arnaldo de Rohes primer obispo de Jerusalem: entonces arribaron varios peregrinos dirigidos por el Arzobispo de Pisa.

El impulso que todos los centros administrativos recibieron, especialmente el de guerra, en medio de tantas contrariedades, hizo crear á los indígenas una idea radical; tal fué, que el poder de los hijos de Jesús en el Oriente se arraigaría y toda la Palestina sería cristiana. El rey recorrió el valle del Jordán, y en Joppé se sintió acometido de grave dolencia; al llegar á Jaffa á pe-